

LA LIRA DE FABER

SEMANARIO

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, HISTORIA, TEATROS.

Murcia 11 de Mayo de 1845.

Sale todos los Domingos. Se suscribe en Murcia en la Redaccion calle de Sta. Isabel núm. 6 sita en la Imprenta de este Periódico, y casa de D. Pedro, Martinez calle de la Trapería núm. 67 por 4 rs al mes y 22 por 6 meses, llevado á las casas de los señores suscritores. Fuera de la capital en las administraciones de correos y correspondientes de la Redcción por 5 rs al mes y 24 por seis meses, franco de porte.

GLORIAS DE ESPAÑA.

HERNANDO DE URBIETA,

Episodio de la batalla de Pavia.



tiempo era en que el león español, libre de sus luchas con los moros, sacudía su melena y hacía temblar con su rujido á las naciones de Europa. En Alemania, en Francia, en Flandes y sobre todo en Italia eran ya conocidos los tercios de castilla por su indómito valor, heroica constancia

y brillantes hechos de armas. Sus soldados de hierro marchaban al combate con la frente serena cual si fuesen á un festín, y siempre volvían victoriosos. Al solo nombre español se humillaban las naciones y temblaban los mas poderosos Monarcas. Castilla tremolaba sus banderas en ambos mundos y su gloria y poderío tocaban en el apogeo. Semejante poder daba envidia á las demas naciones, y nuestros vecinos de Francia no podían sufrir la preponderancia que nos daban sobre ellos nuestro valor y nuestras victorias.

Francisco 1.º á la cabeza de un poderoso ejército de franceses y suizos, atacó la Lombardia y adelantó sus reales hasta la ciudad de Pavia, defendida por los españoles, al mando de D. Antonio de Leiva. Aunque inferiores en número y faltos de recursos, no desmayaban los sitiados, sino que habituados á vencer, daban continuos rebates con sus salidas en el

campamento enemigo, teniéndole en una perpétua alarma.

En un cuarto de la hostería de España en la ciudad de Pavia se hallaban sentados varios soldados cubiertos de hierro al rededor de una mesa con algunas botellas medio vacías. En sus rostros curtidos por el sol, en sus retorcidos y negros vigotes y en la altivez de sus miradas se veía retratado el tipo de aquellos españoles propios del siglo 15 y dignos compañeros de armas del valiente y esforzado Gonzalo de Córdoba, conocido por el gran capitán, título glorioso debido á sus conquistas.

—Por Santiago, dijo uno de los armados, que deseo vivamente la llegada del de Borbon para que nos las avengamos con esos malditos franceses.

—Teneis razon, Ruiz Gomez, dijo el que se hallaba enfrente de él; esos perros no se atreven á atacarnos sino cuando son diez para uno.

—Y aun así, dijo un soldado que entró en aquel momento en la estancia, no lleban siempre lo mejor de la batalla; por mi parte les juro que me han de pagar el cerco en que nos tienen y que no ha de respetar mi espada ni aun la coronada cabeza del rey Francisco.

El que así se espresaba era Hernando de Urbieta, célebre por sus increíbles hazañas, que le valieron el dictado de el hércules de Vizcaya, de donde era natural. De estatura mas que mediana, ancho de espaldas, moreno de rostro y vista amenazadora, cualquiera al verle le hubiese tenido por un atleta, si nos es permitido hablar así. Llevaba pendiente de un tahali de lobo marino una ancha y liguisima espada, cuyo peso hubiese abrumado á otro hombre menos esforzado, pero que en el parecia un ligero esteque; tal era la agilidad con que la manejaba. —Que tal, Hernando, dijo Ruiz Gomez dirigiendose al recién llegado, qué es-to ha tenido la salida de esta tarde?

—Brillante como siempre: el capitán Salcedo ha hecho con sus arcabuceros un hor-

roroso fuego sobre el enemigo y le ha clavado la batería del parque de Mirabel; nuestros hombres de armas han estado bizarros, y el frances paliza ha debido la salvacion á la velocidad de su caballo.

—Recurso bastante villano por cierto, pero que los franceses apelan á él casi siempre, dijo un armado que no hablara hasta en tonces, ¿y del de Borbon qué nuevas tenemos?

—De cierto nada, repuse Urbieta, pero probablemente no debe estar muy lejos de nosotros.

—Señores, dijo Ruiz Gomez acercandose á una ventana; multitud de soldados en union con gentes del pueblo se dirigen en confuso tropel á la casa del gobernador; algo nuevo debe haber ocurrido en la ciudad, y tal vez sea la llegada del Duque con su gente.

—Vamos á verlo, digeron á una los demas soldados.

—Si es así, buena la han hecho los franceses; no tendran mucho tiempo su oriflama levantado ante el leon de castilla, dijo Urbieta saliendo de la estancia.

Los demas soldados se precipitaron detras de él mezclandose con la multitud que les habia llamado su atencion.

II

Ocho dias despues; la vispera del de S. Matias del año de gracia 1524, se dió orden al ejército imperial de estar dispuesto, para con silencio, á la primera señal hallarse en disposicion de acometer al enemigo. Constaba entonces, de la guarnicion de la ciudad y de los tercios españoles que mandaba el Duque de Borbon. A la una de la mañana del dia siguiente, los imperiales se hallaban formados en la plaza mayor, y solo aguardaban la señal de dirigirse contra el enemigo. Al frente de la caballeria se hallaba el Duque cubierto de hierro y armado hasta los dientes, mientras que el marqués de Pescara y Antonio de Loiva, equipados á la ligera, dirijian á la infanteria. Las dos serian cuando el ejército

empezó á moverse y salio en silencio de la ciudad.

—Ruiz Gomez, dijo en voz baja un soldado de caballeria al que llevaba á su lado, ya está cumplido tu deseo y nos la vamos á ver con esos malditos franceses.

—Tienes razon, Hernando, no lo olvides tu, y cumple ahora lo que ofreciste en la hosteria de España.

—Lo que ofrece Hernando de Urbieta en una hosteria, sabe cumplirlo sobre el campo de batalla, y la prueba la dará *matanza* que aun no está limpia de la sangre que recogió cuando obligamos á los franceses á levantar el sitio de Milan.

—Pues yo te juro, á fé de hidalgo, que si Santiago ayuda á mi brazo no ha de haber armadura por fina que sea, capaz de resistir los tajos de mi tizona.

—Allá veremos, repuso Hernando; lo que ahora conviene es guardar silencio.

El ejército frances se hallaba prevenido de manera, que apenas los imperiales se hallaron á tiro de arcabuz, cuando empezó un horroroso fuego sobre ellos, pero alentados por las voces de sus gefes, continuaron impávidos su marcha, no sin contestar á los fuegos del frances. El Duque de Alençon dió una carga á la caballeria imperial que la puso en un terrible aprieto, pero ayudada oportunamente por los peones, no solo rechazó el ataque, si no que poniendo á Alençon, en precipitada fuga, hizo que este arrastrase tras si, perdida la verguenza como dice Mariana, á lo restante del ejército.

El Rey Francisco al ver desmayar á los suyos, se lanzó al frente de sus mejores caballeros en lo mas encarnizado de la pelea.

—Hernando, gritó Ruiz Gomez, que aun no se han renovado las manchas de tu espada.

—Ya lo estan, contestó Urbieta, y lanzando una terrible cuchillada sobre el primer frances que encontró á mano, le tendió muerto á los pies de su caballo, hecho lo cual volviendose á su compañero, ahora á ti te toca, le dijo.

—Al Rey, todos al Rey, fué la única contestacion del valiente español, y arrojandose furioso en medio de la pelea, empezó á descargar tajos y mandobles sobre los que se oponian á su paso, sembrando en rededor de si el suelo de cadáveres.

La lucha fué terrible y sangrienta. La nobleza francesa pronta á sacrificarse en defensa de su Rey, caia á los golpes de los soldados españoles. El campo se hallaba cubierto de muertos y moribundos, trozos de armaduras y caballos. El Rey á pie y cubierto de sangre, peleaba, aun cuando Urbieta, cuyos esfuerzos iban dirigidos á llegar cerca de él, pudo lograrlo y con la espada levantada y en ademán furioso le intimó la rendicion.

—Francisco 1.^o no se rinde á un simple soldado español, fué la contestacion del vencido Monarca.

Semejante respuesta acabó de irritar al altivo Hernando, y quizá el Monarca frances lo hubiese pasado mal sin la llegada de Carlos de Lanoy, Virrey de Napoles, en cuyas manos se rindió prisionero. —Harto digno es un indalgo español de recibir la espada de un Rey de Francia que se ha dejado hacer prisionero, dijo Urbieta retirandose con aire de desprecio.

Demasiado conocidos son los acontecimientos que siguieron á la prision de Francisco 1.^o embarcado en porto Dellino por órden secreta del Emperador, fué conducido á España recibiendo en todas partes las mayores pruebas de atencion y respeto. En Febrero de 1526 se concluyó un tratado que la buena fe y honradez castellana dejó asegurado en la palabra del Monarca frances. La historia imparcial y verídica dice como lo cumplió este, mereciendo segun los historiadores franceses, el titulo de *ruin y villano*, con que dijo queria ser llamado si llegaba á faltar á lo pactado.

El pobrecito indolente.



A SORIA.

Adorada ciudad; prenda querida
De un corazón que hasta la tumba herida
Te ha consagrado fiel su amarga vida,
Oye su voz tristesísima y turbada;

Y si alguna verdad hallas en el a,
No la olvides jamás: vé que no es dolo
Saber al hombre el signo de su estrella,
Y ¡ay de aquel que le hubiese penetrado!

Rica, opulenta cual Venecia hermosa,
Alzaste un día tu orgullosa frente,
Y entre orgías y zambras bulliciosa,
Vivía en tus alcázares tu gente.

Brotó tu suelo flores en jardines
De formas mil, donde con luz brillante
Se mecían los sueltos colores
Al dulce soplo de la brisa errante,

Que cargada de aroma embalsamaba
El ancho espacio de la azul esfera,
Y el rostro hermoso que á la par beaba
De una mujer bellísima hechicera.

Y tenías cascadas y torrentes,
Y suspiros y pláticas de amores
Y tenías también sonoras fuentes
Cargadas de robustos surtidores.

Y resbalando por la verde alfombra
Se rizaban sus aguas cristalinas
Al retratar la movediza sombra
De los juncos y tiernas clavelinas.

Y tenías en góticos palacios
Gigantes torres y doblados muros,
Y perlas y magníficos topacios,
Y ricas joyas de diamantes puros.

Y telas de riquísimo brocado
Que gastaban hermosas tus mugeres,
Y ricos techos de arteson dorado,
Y músicas, y danzas, y placeres:

Y un cielo azul purísimo y sereno
Como es el cielo azul de Andalucía,
Donde brillaba de esplendores lleno
El claro sol al alumbrar el día.

Y tenías los brazos victoriosos
De tus valientes hijos que murieron,
Los que en *Brihuega* un tiempo valerosos
Al enemigo usurpador vencieron. (1)

Y ahora estás solitaria y carcomida
Como una hermosa flor que ajara el viento;
Tu faz entre montañas escondida
Donde otra vez posabas tu cimiento.

Desnuda de la pompa que otro día
Con manto de oro cobijó tu frente,
Cuando en lecho de hermosa argentería
Te reclinabas rica y esplendente.

Ciudad un día opulenta,
Ya acabaron tus jardines,
Y acabaron tus festines,
Y se acabó tu placer,
Por que acabó tu riqueza:
Solo quedan tus mugeres,
Por que ya, Soria, no eres
Tan hermosa como ayer.

¿Que vale para tu gloria?
La hermosura de tus bellas?
¿Que vale si tus estrellas,
Alambran oscuras ya,
Y el sol al tender sus rayos
Sobre tu caduca frente
Muestra al mundo indiferente
Escombros de una ciudad?

¿Y dormida bajo el peso
De su pasada victoria
No se acuerda de la gloria
Que otros días alcanzó?
Olvidada de los hombres

(1) Después de haber derrotado las tropas de la Liga á los ejércitos de Felipe V. las dos provincias de Soria y Zaragoza formaron un nuevo ejército, el cual venció en Brihuega á las tropas enemigas, asegurando en la casa de los Borbones la corona de España. Véase Mariana, *Historia de España y Portugal*, cartas marruecas.

Duerme, Soria, en tu pobreza,
Pues perdiste la riqueza
Que otro tiempo les llamó.

Duerme en paz, duerme y no quieras
Cambiar tu tranquila suerte,
Por que no hay brazo tan fuerte
Que la pudiera cambiar.
No luches contra el destino
Que han marcado tus estrellas;
¡Ay de ti, y ay de tus bellas
Si llegas á despertar!!!

Duerme, duerme en tu pobreza,
Y no intentes á otra vida
Despertar, Soria querida:
Mas vale dormir así.
Si vuelves á tu riqueza,
Y á tus palacios hermosos,
Otra vez los ambiciosos
Se lanzarán sobre ti.

Como chakales ambrientos
Se disputarán la presa,
Y sobre dorada mesa
Tus riquezas partirán.
Mientras tu llorando quedas
Desgarrada entre dolores;
Y al escuchar tus clamores
La espalda te volverán.

Duerme, duerme en tu pobreza,
Que en ella el placer se halla:
No levantes tu muralla
Para tu mal otra vez.
Bastante es para tu gloria
Tu pasado poderio,
Tu nombre, un puente y un río
Que lloran tu desnudez;

Y un sepulcro que cobija
Del gran Tirso las cenizas, (1)
Bajo losas que pajizas
El largo tiempo tornó:
Que valen mas que la gloria

(2) Fray Gabriel Te'lez, conocido con el nombre de *Tirso de Molina* (¡inimitable poeta!) fue enterrado en Soria donde aun reposan sus respetables cenizas.

De guerreros campeones
Que para asolar naciones
Nadie el derecho les dió.

Guarda, guarda con tu sueño
Esa joya tan preciada,
Y una lágrima adorada
Vierte sobre ella por mí:
Una lágrima de amor,
De cariño y de ternura
Como las que en mi tristura
Vierto yo tambien por tí.

Y baste para tu gloria
Tan opulento tesoro,
Por que vale mas que el oro
Y que las perlas del mar.
No luches contra el destino
Que han marcado tus estrellas:
¡Ay de ti y ay de tus bellas
Si vuelves á despertar!!!

Cipriano Lopez Salgado.

LOS CRITICOS.

Desde que la providencia dispuso que yo viniese á aumentar en este valle de lágrimas el número de los infinitos pecadores, debió sentirse en mi naturaleza presunta, el furioso deseo de criticarlo todo, defecto que yo reconozco y lamento del punto que tuve uso de razon, y razon sin uso que es lo mismo con corta diferencia, pero que me ha sido imposible echarlo á puerta estraña por mas que al efecto he trabajado asiduamente; viva la gallina y viva con su pepita, viva mi individuo y viva la afición á vituperar, entienda ó no en la materia, cuanto á tiro se presente de su indiscreto capricho. A nadie perdono ni nada tolero, por que soy necio, y el serlo es una propiedad que no se enagena

y con la cual fundo yo los protocolos de mi nobleza y la autorizacion para decir lo que me dá gana, privilegio de que gozamos los que andamos siempre á caza de juicio. Que nadie tampoco me perdone, que ni me place ni agradezco la caridad, y por tanto soy el primero inflexible con migo mismo, bastando lo dicho á corroborar este aserto. Y han de saber VV., lectores míos los que sabeis leer y los que presumis de ello, que ni mi madre se ha librado de llevar su correspondiente sartenazo por haber tenido la poca aprehension de tratar con mi buen padre asuntos de conciencia sobre mi venida al mundo, en dias de cuaresma; de lo cual resultó nacer yo enemigo acérrimo de la vigilia y entusiasta partidario de la carne; vice-versa incomprendible y de consecuencias muy peligrosas á los que no tienen como este pobre quidam fuerzas pecuniarias para costear diariamente ese alimento nutritivo y sabroso. Tambien he de poner en conocimiento de VV. para que se santiqüen de mi estravagante desvario, que en el número de los pacientes se hallan el sol y la luna; esta por que me incomoda que alumbre cuando la obscuridad me conviene, y aquel por que acalora demasiado cuando mi naturaleza no lo ha de menester. Creo que estos son motivos suficientes á mi prurito, pues entre los que nada saben, siendo yo de los que mas, ni se necesita ciencia, ni ninguna de esas circunstancias que se consideran del caso para hablar y discurrir de las cosas del mundo con tino y acierto. Ello es que la sociedad se compone de sábios, que al que no se le tiene en tanto se dice agraviado, y declama y vomita imprecaciones sobre los que así no lo conceptúan, y que provisto de audacia y de algun algo de poca vergüenza, según las teorías de los pedantes del siglo, se puede libremente echar por tierra y destruir la obra mejor acabada, ó la reputacion mas dignamente adquirida. Dá gusto, admira y entretiene, aun que no

de buen grado, el vernos en todas partes, y muy particularmente en los cafés haciendo alarde de Cicerones y transformados ad líviturum en apóstoles de la erudicion, preconizar doctrinas llenas de petulancia y vacias de sentido comun, cuando ignoramos el fundamento de la cristiana, y poner en ridiculo hasta los misterios que todo hombre debe respetar para ser respetado. Qué de reflexiones no ofrece á la mente del entendido filósofo el contraste anómalo y risible que allí se ofrece á la vista de unos cuantos aprendices á elegantes por parecer sabiondos, cada cual con su tema diferente y todos blasonando genio, talento y maestria. Reclinado sobre el espaldar de una silla en equilibrio, la una pierna sobre otra, y el cigarro en la boca, se mece gravemente D. Juanito, joven literato, por que sabe deletrear, y valiente de añadidura por que lleva vigotes, con un periódico en la mano motejando y zahiriendo por no dejar nada vivo hasta el nombre de su edictor responsable. *Este periódico, dice, es insípido, nauseabundo, fastidioso; habla de asuntos vulgares; su lenguaje es cáustico, su estilo antiguo; no comprendo como se permite su publicacion, ni como hay hombres de mérito y provecho que tengan la sandez de suscribirse á él. ¡Oh! este papelucho olo debe dedicarse á los idiotas;* pero mi enfático personaje, sepan VV. señores míos, que nunca aprendió gramática por atender á jugar al trompo, ni pudo en el arte de escribir llegar á hacer mas que palotes, semejanzas perfectas de su capacidad. Sobre otra silla, no menos orgulloso con la copa en una mano y la otra asida al tirante izquierdo, la levita desdeñosamente abierta, y el cuello traído muy á la espalda, yace D. Celedonio en cátedra, hecho un energúmeno, asegurando á descompasados gritos, á única y peculiar manera suya de convencer, que Cervantes fué un zanguango, Calderón un badulaque, Ercilla un romancero y Ovídio, Virgilio &c. de quienes

oyó hablar al paño por casual incidente, unos consumados babiecas, comparados con el autor de la Pata de Cabra, ó el inventor de la *soupe a la glace*. En el banco de mas allá, sério y avinagrado como juez lego escuchando las sublimes ideas de aquellos dos entes valetudinarios, yace un servidor de VV. y de las ánimas benditas, presumido de saber mas que los otros, en continuo y espresivo silencio, por aquello de que en boca cerrada no entran moscas, y que el callar prueba lo que yo no he conocido, maldiciendo para mis adentros la ignorante audacia y el craso disparatár de mis semejantes, compadeciendolos y compadeciendome de nuestras mutuas flaquezas. Pero lo que provoca mi indignacion en grado superlativo, es la fé y el candor de los que rodean á esos palabreros, encomiando sus desatinos, y el concepto aventajado que forman de mi imbecil categoria, merced á su buen callar. ¡Que lastima de cabezas, mas enfermas aun que las nuestras!; si no fuese tan crecido el número de los zolochos, no tendríamos el descaro de suponernos hombres de pró, mereciendo en justicia ser espulsados de la familia de los racionales.

Nosotros los críticos no estudiamos jota, pero en cambio penetramos mucho. Cuando hablamos y escribimos no queda títere con cabeza; de un golpe variamos la faz de la tierra, saltamos de polo á polo y á estilo de comedia de magia hacemos que aparezca y desaparezca por escotillón lo que las leyes divinas y humanas han hecho consecuente, sagrado, inamovible. Lo que nos pertenece es bueno, sublime, inimitable, y lo que no, malo, pésimo y nocivo. Todo está sometido á nuestro descabellado criterio; y el vulgo noble, la altiva aristocrácia de los que absolutamente ni pueden ni quieren ni deben discernir, que solo se fija en las doradas exterioridades, nos consulta como á oráculos y nos distingue como á genios sobresalientes; á la par que el círculo reducido é imperceptible de los que en

verdad juzgan y aprecian, piensan y conocen, desenvuelven y analizan lo racional y lo útil, deploran nuestras miserias, y en vano hacen esfuerzos por remediarlas. *Predicame, padre, que por un oído me entra y por otro me sale*: os cansais sin fruto los que habeis dedicado vuestra vida y afanes al estudio para mejorar nuestra torpe condicion: el premio que obtendreis después de vuestra enojosa y amarga tarea, será el de caer en manos del ridículo y morir asaeteados, victimas de nuestra descomedida critica y de vuestros honrosos deseos.

J. E.

LA FLOR DE MIS AMORES.

A mi amigo D. José Selgas.

Canta venturas, tu que afortunado
Aspiras el perfume de ambrosía
Que se eschala del tallo nacarado
De la flor que prefiere tu Maria.

Dichoso tu, que en su corola bebes
El suspiro de amor que ella dejó
Y recoges posado en brisas leves
El beso seductor que la imprimió.

Feliz mil veces tú, cuya mirada
Halla en el mundo otra mirada inquieta,
Delirante, de amor enagenada,
Que inspira esa tu mente de poeta.

Disfruta de tu suerte venturosa,
Ese ambiente respira de ambrosía,
Bebe el perfume de la flor preciosa
Que solicita cuida tu Maria.

No así tu amigo, cuya sien surcada
Por el fiero uracan de los pesares,
Busca en vano una flor viva y rosada
Para endulzar alegre sus cantares.

No así el que presa de mortal tormento

Por un recuerdo de placer ansín,
Y solo le tortura el pensamiento
De pesares sin fin bruma sombría.

No así el que lejos de su amada vive
Y en vez de contemplar flores lozanas
Solo suspiros débiles recibe
Que flotan á merced de auras livianas.

No así aquel, cuyo pecho vulnerado
Del rayo que brotó nube desecha,
En vez de canto dulce y mesurado,
Solo puede entonar lúgubre endecha.

II.

Yo tambien, Poeta, adoro
A una muger celestial,
Tambien su piedad imploro
Y no aprecia por mi mal,
Cual yo anhelara, mi lloro.

Tambien tiene flor querida
A quien mima cuidadosa,
Flor que sustenta su vida,
Con el ambiente de rosa
Que ella en su caliz anida.

Yo tambien, si fuera dado,
Sus pétalos besaria,
Cual de amor enagenado,
Tú poeta afortunado,
Besas la flor de Maria.

Yo tambien fuera á cojer
Los ayes que ella dejó,
Sus pensamientos de ayer
Y el aroma que ecaló
Me estasiara de placer.

Tambien me deleitaria
Viendo de su pie la huella
Do mi labio estamparia,
Y... hasta el polvo que alzó ella
Frenético adoraria.

Yo tambien, pobre poeta
Enamorado y celoso,
Fijára mi vista inquieta
Por si algun mortal dichoso
Su hermosura no respeta.

Tal vez con mano atrevida
Costára la bella flor
Para que á mi pecho unida
Alimentase mi vida
Cual un recuerdo de amor.

¡Ay! así quizás viviera,
Así victima no fuera
Del cuidado que me abate,
Pues jamas, cual hoy temiera
Que un osado la arrebate.

Así escusára el temor
De que un rival preferido
Goze en su pompa y verdor
E imprima un beso traidor
Sobre su tallo querido.

Tu, cantor, idolatrado
Por un bien que está presente,
Ignoras cuan desdichado
Es el corazon cuitado
Que llora penas de ausente.

¡Oh! goza de tu ventura,
Los amores, dicha y gloria
Que te ofrece la hermosura,
Bebe en esa fuente pura
Que para mí es ilusoria.

Canta tu feliz destino
En trobas encantadoras,
Sigue ese grato camino,
Y apura el caliz divino
De ilusiones seductoras.

Mas si te olvida tu amor
Y quieres llorar tristuras,
Ven con el pobre cantor
De penas y desventuras,
De martirios y dolor.

Tu voz me consolará
Y tu acento peregrino
Mis males endulzará,
¡Ay!..., tal vez suavizará,
El rigor de mi destino.

J. M. Fernandez.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.



WITERICO VIGÉSIMO,

REY DE LOS GODO.

Tocó á su término el infeliz reinado de Liuva, decimo nono Rey de los Godos: hijo de Recaredo, sucedióle en el Trono, heredando tambien su piedad, su amor á la Religion, su respeto á los sacerdotes y todas aquellas virtudes políticas y morales que deben ennoblecer y distinguir á cuantos son llamados al Gobierno de los pueblos: empero en el gran libro del destino escrito estaba con negros caracteres su trágico fin, su desastrosa muerte: joven, de gentil presencia, habiendo dominado dos años escasos, víctima de una feroz traicion, perdió el solio y la vida: su cádaver mutilado, cárdeno y descompuesto en medio de un lago de sangre, clamaba justicia, pedia satisfaccion: el traidor y el asesino fué Witerico: todos se estremecieron, todos se indignaron, todos sintieron, compadecieron todos tanta perfidia, tan criminal alevosía; mas nadie la vengó: Liuva bajó

al sepulcro solo con las lágrimas de sus súbditos.

Entre Witerico y Liuva ecsistia un abismo, habia un delito horrendo: entre el trono y Witerico una senda salpicada de sangre, manchada con la infamia y ataviada con la perfidia y el regicidio; pero Witerico atravesóla sin dificultades sin obstáculos y sin inconvenientes: Witerico con opinion de valor y de disciplina militar, mereció la preferencia en la eloccion á otros hijos de Recaredo: Witerico Rey, Witerico revestido del poder supremo con el cetro en la mano y la corona en las sienes, desgraciado en sus empresas contra los Imperiales, y eclipsado su nombre como militar y como político, como guerrero y como gobernador de sus pueblos, él mismo abrió la honda sima en que mas tarde sumieranlo sus yerros, precipitaranlo sus extravios.

Deseando la paz con Francia, sin abrir el índice de lo pasado y sin consultar sus terribles páginas, dió en matrimonio á Teodorico Rey de Borgoña su hija Hermenberga, enviándola con grande acompañamiento, con suntuosa pompa y con inmensidad de riquezas: mantener en concordia ambas coronas era su idea dominante, era su pensamiento continuo; todo lo esperaba de la destreza y la prudencia de Hermenberga: sus esperanzas, sin embargo, quedaron ilusorias: Teodorico, á los pocos meses de llegar la princesa á Borgoña, devolviola doncella, no sin arrebatarle primero sus joyas y sus ricos presentes de boda. Witerico pidió satisfacción de tamaño ultraje: envió embajadores: amenázole con una liga: las esplicaciones no fueron cumplidas: la liga se ajustó, hicieron los preparativos de guerra, pero sin éxito, sin efecto: las ligas y las coaliciones son achacosas, son infaustas: como se combinan voluntades opuestas, intereses encontrados y conveniencias rivales, por eso no subsisten, por eso se consideran cual una verdadera plaga, cual una deplorable calamidad. El monarca Frances, pues, quedó sin castigo. ¡Parece que un oroscopo cruel nos tiene destinados á ser el juguete, la mofa y el escarnio de los gobernantes de esta nacion, siempre ingratos y asociados siempre á todos los proyectos que tiendan á menoscabar nuestras glorias, nuestra independencia y nuestra prosperidad!

Deshonrado Witerico á los ojos de sus pueblos, siéndole adversos los sucesos de las armas, perdió el respeto, la estimacion y el amor de sus vasallos, acrecentóse el odio, hizose aborrecible y la sospecha de faltar en secreto á sus juramentos públicos, favoreciendo la secta Arriana, promovió una conjuracion, y los conjurados le asesinaron estando comiendo y arrastraron su cuerpo por las calles de la ciudad y arrojaronlo despues en un lugar inmundo: la suerte de Witerico y su cadáver insepulto, son una leccion severa para los tiranos, los per-

Juros y los traidores. Si la conjuracion era necesaria; si la muerte del déspota fue precisa; si el pueblo conjurado y sublevado usó de un derecho imprescriptible que le asiste para sacudir el yugo de sus opresores, cuestiones son que toca resolverlas á los políticos y á los publicistas: nosotros unicamente referimos la historia sin comentarios.

F. Gonzalez del Campo.

DESAGRAVIO

A LOS SUPUESTOS AGRAVIOS

Han me dicho, prendas queridas de mi vida, mugeres ó angeles venidos á la tierra para tormento y delicia de los que se visten por abajo y aun por arriba sin vocacion, que os habeis alarmado, cesasperado, desatado y pronunciado contra el artículo que dediqué á vuestras mercedes en el 2.^o numero de este periódico: cosa que, á fé de caballero, pobre de fortuna y rico de voluntad y amor á Dios, me ha puesto compungido, triste y mohino; por que amandoos con paternal extremo, fuérame grano de anís caer en las descarnadas manos de la justicia, verdadera calamidad donde no se conoce, antes que produciros el mas leve y frívolo disgusto. No os enfadeis, hijas predilectas de mi recreo, las que sois de buena indole. El espiritu del escrito calificado por vosotras de subversivo, no envuelve animosidad ni quiere estenderse hasta el extremo infalible de medirlos á todas por un rasero. En toda regla, por general que sea, se sobreentienden las escepciones. En vuestro secso como en el nuestro, rige el mismo contraste, y yo no soy tan miope que dege de percibir con mi debil y cansada vista esta verdad, y que lo mejor es lo que anda siempre escondido por ser pequeño y cubierto por ser feo.

Tengan presente ahora y en adelante, que mi sátira no se dirige a las que trabajan por merecer el reino de los cielos, y sí á sus antípodas que tienen desde que nacen trato íntimo con Leviatan, personaje de gran valia en el Reino de los condenados.

De mi anterior produccion solo deben resentirse las solteras, hábiles, dachas ó experimentadas para contraer matrimonio, las casadas en hora de maldicion, y las viudas reprobadas ó dignas de serlo por su coquetismo; la que no se tenga por ninguna de estas dignidades, que no se considere aludida, pues en este caso tuviera, á mi pesár, que repetirle muchas veces el adagio vulgar y significativo de *quien se pica ojos come*. Vuelvanme pronto el crédito, si es que lo hube, cesen las hostilidades y reconciliémonos, palomas mías; que las que estais poseidas del Espíritu Santo, debeis interesaros por que se ataquen y corrijan los vicios repugnantes de las desenfrenadas, ó mas propiamente dicho, incubos, causas de vuestra injusta genérica y mala reputacion. No dudeis un instante que así como á estas las sacaré á luz sus faltas y ligerezas por que procuren la enmienda cuando no haya obstáculos que la impidan, á vosotras os defenderé lanza en ristre y á caballo de las violentas acometidas de vuestros enemigos, que no son moco de pavo, si sois virtuosas, ni impotentes si sois bellas. En este supuesto armaos de resignacion para leerme, sed indulgentes con mi crítica si ella no lo es con vosotras; tachad mis errores, las que podais hacerlo, y no las que ostenteis presumtuosamente facultades para el caso; llevaos de mis consejos si os son saludables y á mi convenientes, y en desagravio de haber incurrido en la culpa de no explicar bien mi pensamiento, ó vosotras haberlo desfavorablemente interpretado, que bien pudiera suceder lo uno y lo otro, prevenirse á recibir en vuestras rosadas mejillas el ósculo tierno y expresivo de la paz que mi

humildad os envia y no muy satisfecho, que para ello, si posible fuese y la costumbre y mi pudor lo permitieran, de casa en casa y una por una habia de ir imprimiendolos esta misma, pero sincera, prueba del respeto y estimacion en que os tengo.

Vosotras habeis sido creadas para los placeres y la felicidad; para vencer nuestra altivez, dominar nuestras pasiones; enseñarnos á amar la virtud cuando no estais reñidas con ella; y hacernos conocer con vuestros encantos y vuestras gracias el don de la pureza, don del cielo, que del cielo baja pocas veces, y por que todos anhelamos. En vosotras está la poesia del bien y del mal; la inspiracion, el genio, la vida y la muerte de esa gran familia que encierra la mitad del mundo. Sin vosotras, qué seria del sensible y varonil rebaño..... No quiero pensarlo, almas de mi alma, por que la idea sola de verme lejos de vosotras me horripila, estremece, desconcierta y anonada. Primero ciegue quien tal vea ó tenga deseos de ver; y lluevan sobre mi las plagas de Faraon, si yo me he de encontrar mas tiempo del preciso separado una linea de vosotras; y el cielo se apiade de mi y me conceda la gracia despues de difunto de ser enterrado para castigo de mis culpas exclusivamente entre vosotras, pues aunque dicen algunos que sois venenosas como las víveras y vuestra picadura alcanza hasta la eternidad, yo de vosotras no me satisfago y quiero que me mateis y perdoneme Dios, y que no deje de veros, sentirlos ó no sentirlos por los siglos de los siglos cerca de mi; que en ello no hago si no obedecer el impulso de la naturaleza, que supera en fuerzas á mi entendimiento, y dispensenme sobre todo el emitir esta opinion libremente, que hago lo que otro, y es derecho, que si bien no se estima en lo que vale por algunos fanáticos y preocupados, se aprecia con equidad por la gente sesuda y juiciosa. Vuelvo á daros mis satisfacciones, y si no desarmen vuestra infundada cólera, postra-

do de hinojos, contrito y arrepentido de haber pecado sin pecar, os pediré mil perdones y no me levantaré hasta que la mano de alguna de vosotras, representante de todo el cotarro lo quiera, pasado el acto de la absolución. Con lo cual quedaré yo reconocido y vosotras satisfechas de una obra de caridad que siempre sirve de abono en la cuenta de las penitencias. Acordaos de los mandamientos de la ley de Dios, reflexionad sobre el daño que hace una idea mal desenvuelta y un concepto adulterado ó no comprendido, y no os descuidéis las madres en enseñar á vuestras hijas, y las que no lo son en aprender para cuando lo sean, que las primeras impresiones son las que forman el corazón nuestro y las que también se requieren para no aventurar juicios desatinados, desechar el amor propio y merecer la gloria eterna.

J. E.

EL CASTILLO DE SAISAC.

(FRANCIA)

Una tarde del mes de Setiembre de 12... unos viajeros que recorrían la provenza, conducidos por un guía misterioso, empezaron á subir una alta sierra en cuya cima se veían unas recientes y humeantes ruinas: llegados que fueron, vieron aparecer en su centro á un anciano, que tan pronto como los divisó, empezó á ocultarse con paso velóz entre los escombros de aquel antes soberbio y suntuoso alcazar: los viajeros, siguiendo las huellas del anciano, pronto lo descubrieron, aceleraron el paso y lo alcanzaron: el anciano, cuando se vió descubierto, cogió una capa con la que cubrió á una muger, que á sus pies yacía desnuda, y desembainando una espada, que tenía escondida, hizo un circo al rede-

dor de la doncella y vuelto á sus huéspedes, les mandó por señas, que si se acercaban, traspasaría con el acero al primero que lo intentase: era horrible mirar á aquel anciano: tenía cortadas las orejas, las cejas, la nariz, los labios y la lengua: mudos de sorpresa los viajeros, lo contemplaban con amargura y dolor, cuando el anciano dejando caer la espada de pronto, se arrojó en brazos de uno de ellos y empezó á llorar y rugir, por que las lagrimas era lo único que no habían podido arrancar del cuerpo de aquel hombre. ¡Padre! exclamó el viajero: ¡como os encuentro! (había conocido á su padre en el mutilado) ¿que se hizo de nuestro hermoso castillo?... El anciano miró en su rededor y señalando con mano temblorosa, volvió á rugir como para decirle «miralo á tus pies:» ¿y mi hermana...? el anciano levantó la capa que cubría á la infeliz y señaló con el dedo... ¡cielos! ¡asesinada...! ¿quién, decid, ha demolido este castillo, ha insultado tan vil y cruelmente vuestra persona? ¿quién há asesinado á mi hermana? ¡nombradlo, que yo le buscaré y traspasaré su corazón, le arrancaré sus entrañas una á una y las pisaré...! el anciano señaló á una cruz que el joven llevaba en su capa: ¡los Cruzados...! y yo que llevo este distintivo, yo que tanto hé combatido por ellos en la tierra santa, ¡miserables...! y el joven poseído del mas alto grado de furor, arrancó la capa de sus hombros, en la que se veía el distintivo de los soldados de la fé, la arrojó por tierra, y dijo á su padre: «diez años la hé llevado con honor, he soportado con firmeza las fatigas del Oriente y hé combatido con valor; ya no puedo llevar mas ese distintivo que tanto daño me há causado, ya no seré mas amigo ni compañero de los que mientras yo con mi sangre en oriente sostenía sus pendones, ellos talaban mi castillo, mataban á mi hermana y mutilaban á mi padre"! Terrible fué aquel reconocimiento de un padre horrorosamente mu-

tilado, una hermana asesinada, y un castillo demolido: el joven suplicó á los que le acompañaban, que le ayudasen á dar sepultura á su hermana en medio de las ruinas del castillo, dó había nacido, y que un tiempo viera de su infancia el esplendor; y concluido que fué, todos trepando por los escombros, se pusieron en camino: no bien habieron andado algunos pasos por las sendas intransitables de la montaña, cuando vieron salir de entre unas malezas un hombre, que se les acercaba: el joven dijo al anciano "¿padre mio, conocéis á ese hombre?" el anciano hizo una señal afirmativa con la cabeza: era el nuevo personaje como de treinta años de edad, de mediana estatura, ojos vivos, cejas y barba negras y pobladas; caballero! dijo dirigiéndose al joven, que meditabundo y triste estaba al lado del anciano desolado; grandes han sido los trastornos que han acaecido desde que os fuisteis á combatir por la cruz á los campos de Damietta, Tripoli, Nicópolis y Tolemayda; mirad en vuestro rededor á vuestro padre, hermana y castillo; de la misma suerte participamos todos; en vano el Conde de Tolosa enarboló el estandarte liberal y quiso volver por los fueros del país; todo el Conde de Monforte lo atropella, todo por desgracia ha sucumbido y el que no há tenido la dicha de alcanzar una muerte honrosa en el campo del honor, en medio de la furia de un combate, há sido victima de la humillacion que veis en la persona de vuestro padre: yo escondido en estas sierras, aguardo el dia que no llega: en vano he procurado relaciones con personas humilladas y ofendidas: todos sordos á mis voces, permanecen quietos, desunidos, llenos de terror y espanto, y nuestro enemigo victorioso lleva por dó quier su estandarte vencedor, que con sus horrores ha ocasionado nuestra desgracia y la desolacion del país; si no teneis valor y fuerza, ocultad vuestra ignominia en las ruinas del castillo de vuestro nombre; y si os anima el de-

seo de la venganza, seguidme que yo os conduciré á donde la consigamos." ¿mas quien sois? el joven preguntó: «caballero, contestó el recién llegado, en los tiempos que alcanzamos nadie puede decir sin mengua su nombre; guardad el vuestro, cuando nadie os lo pregunta, que yo solo contesto al que me llama sea amigo ú enemigo, por el Desconocido:" bien, Desconocido, cualquiera que seáis, llevadme donde gustéis, yo os seguiré hasta la tumba." El desconocido se inclinó profundamente ante el anciano mutilado, le besó respetuosamente la mano, no sin correr alguna lagrima por su megilla, y señalando con su mano derecha al horizonte por donde el sol empezaba á ocultarse, dijo: "mirad, ya es hora:" el anciano hizo una señal y todos se pusieron en marcha camino de Carcasona.

Pocos dias despues se dió una batalla en los campos de Muret donde pereció la flor de los caballeros Provenzales: el conde Momforte vencedor se retiró á su castillo á celebrar su triunfo con orgias.

El dia que siguió á la batalla, un féretro se veia en una de las iglesias de Tolosa: aquel féretro contenia los inanimados restos del joven Cruzado que había sido victima el dia antes: su padre no pudiendo resistir tanto dolor y afrenta le había precedido: á su lado estaba un guerrero vestido de una cota de maila y cubierta su cabeza con un morrión de encage; en cuanto estuvo solo, alzó la visera que cubria su rostro, era el Desconocido, que á costa de su vida había querido venir á despedirse de su amigo hasta el cielo: gruesas lágrimas caian de sus ojos, pero por su continente altivo y sereno, fácilmente se dejaba ver que meditaba algun proyecto horroroso; ¡A Dios, hermano! le dijo, dándole un beso en la frente, todo se acabó, descansa en paz, que en breve me uniré á ti: en seguida desembainando la espada y gritando como una furia ¡vengan-

za! salió con paso veloz de la iglesia, atravesó las tortuosas y solitarias calles de la ciudad y se dirigió al castillo de Momforte.

P. M. Romero.

A mi amigo Don Pedro Vidal Abarea por su informe en estrados el 19 de Abril de 1843, en la causa sobre la muerte ocasionada á Antonio Ramirez.

SONETO.

Con fe en el corazon ardiente y pura
Y en la mano la Ley (1) has implorado
La libre absolucion del procesado
Que en tu informe ha fijado su ventura.
Tú, para mejorar la suerte dura
Del que yace en la carcel encerrado,
A la arena farense te has lanzado,
Con justo olvido á la procaz censura.
Y ya que egemplo has dado tan honroso,
No te arredre la crítica severa
Ni la lengua mordaz del envidiso:
Sigue esa senda grata y lisongera
Que al joven aplicado y estudioso
Nuevos lauros ofrece en su carrera.

P. O. y Cánovas.

LA MUERTA

EL CASTILLO DE NEBELSTEIN.

CONTINUACION.

III.

Aun no habia cerrado la puerta, cuando un perro vino á saludarle saltandole encima con alegría, y al rechazarle cariño-

(1) Palabras con que terminó su defensa.

samente, vió al cazador descolgando su morral de una de las negras vigas del techo; se dirigió á él y ambos amigos se estrecharon las manos con afecto; el cazador dejó su morral y volvió á sentarse.

—Al fin os vuelvo á encontrar, le dijo con voz animada; y dirigiendose á la tabernera, una botelia del mas antiguo y mejor de la bodega: pero ¿de donde venis en ese estado, mi querido amigo? añadió.

—He atravesado el bosque y los pantanos de que está lleno, me he bañado como una rana, y cuando esperaba hallar aqui un fugo de posada, me encuentro con uno como el que tendria la economia de un estudiante ó una modistilla.

El cazador se levantó sonriendo, salió por la puerta del patio, entró cargado con una porcion de ramas y las arrojó al hogar, echando al mismo tiempo unos pedacitos de astillas secas en los restos del fuego; antes que volviese la tabernera, una llama viva y brillante subia hasta lo alto de la chimenea. Mientras se secaba los pies, Adolfo abismado en el recuerdo de los sucesos de aquella tarde, solo pensaba en su vision del parque, sordo á las palabras del cazador y á los gritos de la tabernera que temia se le incendiasen la casa. Algunas veces veia en su imaginacion aquella sombra inclinada sobre la sepultura de la Señorita Desforges la noche del entierro; luego recordaba los alrededores del castillo de Nebelstein, de la extraña fisonomia del aldeano, de los manzanos, y sus sueños y sus delirios le perdian mas y mas en un laverinto de dudas.

El cazador cansado de hablarle en valde, le llamó su atencion dandole un golpecito en la espalda.

—Dormis, querido amigo, ó estais muerto? Pardiez que estais lúgubre como un fantasma, ¿en que diablos pensais?

—Pienso, respondió lentamente Adolfo, en una aparicion que he tenido esta tarde.

La tabernera se sonrió con un aire burlon, pero el estudiante habia pronunciado estas palabras con voz tan fúnebre, que se acercó al fuego temblando, el cazador cojió las manos de su perro y se puso á walsar con indiferencia.

—¡Una aparicion! esclamó sin dejar de walsar ¿y que os ha dicho del otro mundo?

Adolfo no contestó nada y volvió á caer en sus tristes meditaciones.

—¿Quereis darnos señas de el? volvió á preguntar el cazador riéndose.

—Sí, respondió Adolfo, era la imagen de Margarita.

La tabernera dió un grito agudo y el cazador, dejando el baile, miró al estudiante con inquietud.

—Es en el cementerio donde habeis tenido esa vision,? le dijo palideciendo.

—No, en el antiguo castillo de Nebelstein, en la ventana de un pequeño pabellon que cae al parque.

El cazador se echó á reir.

—La aventura es chistosa, dijo retorciéndose los vigotes; teneis indudablemente un prisma en los ojos, mi querido amigo, vuestra vision era una joven huérfana que ha criado mi madre.

El estudiante miró al cazador con aire de duda.

—Sí, no tengais duda, añadió, la habeis visto en el pabellon que me sirve de aposento, y seguramente estaba arreglando las cortinas de la ventana.

Adolfo le miró con recelo.

—Ya me lo figuraba yo, dijo la tabernera con prontitud: vos sois el hijo del señor baron de Nebelstein, conozco á vuestra madre, la he servido en otro tiempo y sé vuestro nombre de pila. Os llamais Eduardo ¿no es así?

—Eduardo de Nebelstein, repuso el cazador. Y volviéndose hacia Adolfo, añadió: cuando volvais por el castillo no me olvideis, entrad y os hare conocer á vuestra aparicion de esta tarde en carne y hueso.

Adolfo inclinó la cabeza en silencio.

—Al ver esta muchacha que tanto se parece á Margarita, continuó Eduardo, no puedo menos de pensar en la metempsicopsis y en mis sueños me pregunto algunas veces si el alma de la pobre Margarita engañada con la semejanza habrá volado al cuerpo de esta joven. Pero los caminos estan malos...

El cazador se acercó á la ventana y corrió la cortina.

—El cielo está encapotado, la luna se va á ocultar y yo tengo un bosque que atra-vesar, á Dios.

Tendió su mano á Adolfo y gritó á su perro.

—Low, vamos.

Se echó al hombro el morral, pagó á la

tabernera y marchó dejando á Adolfo entregado á sus pensamientos.

Pardiez, dijo este último, es mucho de-lirar!

Pasó en seguida su mano por la frente y se puso á charlar con la tabernera para olvidar su seductora aparicion.

Al dia siguiente dirigió su paseo al bosque de *Etang*. El otoño iba desapareciendo, el suelo estaba cubierto con las hojas que caian de los árboles, los últimos rayos del sol doraban el fruto de los servales y morales silvestres; de cuando en cuando se percibia el canto del cuclillo ó el agreste sonido del concerrillo de los ganados dispersos por el bosque, ó el alegre canto de los aldeanos ocupados en recojer los frutos de la estacion. Adolfo seguia lentamente su camino abismado en sus fantásticos pensamientos, cojiendo cerezas silvestres, desgranando el serval y pisando las hojas secas de los árboles. En este estado llegó á las tapias del parque de Nebelstein. Cuando vió por entre el follage la cúpula del pabellon, sintió una conmocion terrible y se acordó de Margarita. Al pronto pensó en ir al castillo á visitar á su amigo el cazador, pero reflexionó y determinó saltar el antiguo muro del parque, lo que verificó con poco trabajo, y se dirigió en silencio al pabellon, ocultandose siempre á la sombra de los espesos bosquecillos. Se escondió bajo de un emparrado en frente de la ventana y miró con ansiedad por espacio de algunos minutos: el pabellon se hallaba desierto, sin embargo. cuando trataba de salir vió ó creyó ver pasar una sombra al traves de los vidrios.

La noche estaba cerca, la luz iba haciendo lugar á las tinieblas y el bosque quedaba cada vez mas obscuro. Adolfo oculto bajo el emparrado no acertaba á moverse. De repente la imagen de Margarita apareció en la ventana medio meditabunda, medio risueña como una amante perseguida por un amoroso recuerdo. Alzó sus ojos al cielo como buscando las primeras estrellas, y sus miradas se perdieron en el sombrío bosque en direccion á Hartz; al cabo de un rato de contemplacion se sonrió, bajó la cabeza y suspiró. Al verla Adolfo agitó las hojas que le cubrian con sus manos, no dudó ya que la que veia fuese

Margarita Desforges; abrió la boca para la arla, pero sus palabras espiraron en sus labios de niendo asustar á la resucitada y hacerla retirar de la ventana. Los ladridos de un perro interrumpieron el silencio, ó mejor dicho, los lánguidos murmullos de la tarde y la vision desapareció, mientras que el joven médico volvía la cabeza hacia el mirador. Salió entonces del sitio en que estaba oculto, corrió á la puerta del pabellon que estaba medio abierta y subió la escalera palido, vacilante, medio loco y llamando á Margarita con voz moribunda. Estendió los brazos hacia la pieza y Margarita no estaba allí; miró á todas partes, escuchó atentamente, nada vió, nada oyó. En vano empleó media hora en buscar á la muerta; l se abismaba mas y mas en este misterio terrible y profundo. Al fin bajó al parque, saltó algunas palizadas y entró en el castillo. En una gran sala de piso bajo alumbrada por una pequeña lampara de cobre y por las rojas llamas del hogar, se hallaban dos mugeres á los lados de la chimenea; eran la dueña del castillo y el ama de gobierno. La dueña leía con distraccion atizándolo la lumbre de vez en cuando, y su compañera con los anteojos sobre la nariz hilaba su uso y daba vueltas con el pie á un toro tan venerable como ella. Con su gorro redondo, su formidable moño y su corpiño encarnado, parecia una bada *Cara-bossa* que se quedara en el mundo despues de la caída de las badas. Adolfo levantándose sobre las puntas de los pies y encaramado por la parte exterior de una ventana, contemplaba la singularidad de esta vieja, cuando su amigo el cazador apareció en el fondo de la sala acompañado de tres ó cuatro perros. La señora de Nebelstein llamó una criada, para que sirviera la cena y abrazó con ternura á su hijo, quejandose sin embargo, de que viniese con tantos perros. El cazador se hizo sordo á estas quejas y se recostó en una tapiceria antigua que cubria el centro de la sala, jugando con sus animales. La criada sirvió una liebre asada, una perdiz con verzas, una botella de vino y un plato de uvas. La vista de estas provisiones hizo conocer a Adolfo que á pesar de la turbacion de su espiritu tenia hambre: se bajó de la ventana persuadido positivamente de que el castillo de Nebelstein no

era una mansion de brujas como se suponía. Pasó por delante del pabellon, cuya puerta permanecia aun abierta, se detuvo en el humbral, pero bien pronto abandonó su puesto, temeroso del silvido del viento; el alma es tímida cuando el corazon está afectado. Salió del parque y volvió á Hartz rodeado de una multitud de fantasmas creadas por su fantasia y que se transformaban en piedras, árboles, zarzales ó nubes, luego que las examinaba con detencion.

(Se continuará.)

SOCIEDAD LITERARIA.

DOMINE LUCAS

Se ha publicado el número 14, correspondiente al año segundo, con las mejoras que se ofrecieron.

Sigue abierta la suscripcion en 20 reales al año, en correos y principales librerías.

EL FENIX,

Semanario Valenciano,

publica una coleccion de novelas, habiendo repartido ya el tomo noveno, que es el primero de los *Misterios de Londres*, y está en prensa el segundo que saldrá el 15 del corriente mes.

Sigue abierta la suscripcion, á cuatro reales tomo en la imprenta de dicho periódico, y en la librería de Casiano Mariana.

MURCIA: Imprenta de Pedro Soler y Rov, Calle de Sta. Isabel Núm. 6.—Año de 1845.